

## VII

### LAS VOCES MISTERIOSAS

Aquella misma noche, á una hora algo menos tardía, esto es, en el momento en que cansados de la alegre batahola que se permitieron en torno á las humeantes ruinas de la casa maldita para celebrar su destrucción, los burgueses y villanos del barrio de San Honorato se preparaban á entregarse al sueño sin miedo á las alarmas de las noches precedentes, Solange de Villanueva-Marsan, delante de quien marchaba un portalinterna, reintegrábase al Hotel del arrabal, bajo la custodia de miss Huming.

La salida nocturna de la joven obedeció á su deseo de dar gracias á Dios, visitándole en su templo, por el venturoso regreso de su padre y la buena armonía que habíase establecido al fin entre ambos autores de sus días.

Ahora, cumplido su deseo, tenía prisa por verse en sus habitaciones, y en su fuero interno lamentaba

hallarse en la compañía de aquella inglesa que ninguna confianza le inspiraba, pero cuyos ofrecimientos hubo de aceptar para su devota salida, por haberse acostado su madre al anocheecer y porque, por otra parte, la buena Pierrila no conocía las calles de París.

Algo distraída estuvo en el templo la jóven Solange. Su pensamiento hubo de emanciparse, volando sin cesar, tenazmente, hacia un rostro de varonil belleza apenas entrevisto por la muchacha en el Prado de los Clérigos y en momentos en que hallábase amenazado por la espada de Bernardo. De ahí que, aun cuando rezó, hizolo aprisa y sin pensar siquiera en lo que hacía.

En cambio pensó más de lo justo en el grito que se le escapara involuntariamente, grito instintivo que huyó de su garganta en un momento de angustia suprema, por haberle parecido que los brillantes ojos del magnífico caballero iban á ser alcanzados por la punta centelleante de un arma homicida. En aquel momento hubo de antojársele á Solange que un velo de sangre se interponía entre ella y él. De ahí su desvanecimiento.

— ¿Pero por qué la imagen de aquel hombre, — de aquel desconocido en quien con arreglo á las órdenes de su madre no debía pensar — se obstinaba en perseguirla, hasta el pie mismo de los altares? ¿Qué era aquel hombre para ella? ¿Qué esperaba ella de él? ¿Un pretendiente probable? ¿Un novio posible?

¡Sueños! ¡Vanas quimeras! ¿No hacia mal en recrearse en ellas, puesto que le habían prohibido pensar en la posibilidad de su realización?

Solange, hija obediente, procuraba, con el exclusivo objeto de complacer á su madre, borrar de su memoria hasta el recuerdo de la visión impresionante; esforzabase, cuanto le era posible, por olvidar al brillante señor...

Desgraciadamente, la empresa era superior á sus fuerzas.

Al dar vuelta al Hospital de leprosos del Santo Padre, arrancóse á sus meditaciones y procuró averiguar si se hallaban ya cerca del Hotel.

— ¡Ha desaparecido Cortansio! — observó sorprendida.

Con efecto, el viejo escudero, más que nadie desconfiado, habíase unido á las dos expedicionarias para velar por su amita en caso de algún encuentro poco agradable; pero no hubo de contar con la astucia de miss Huming quien se arregló de modo á dejarle distanciado y perdido al salir de la iglesia.

Digamos aquí, para que nada quede ignorado, que aprovechándose del trastorno ocasionado en el Hôtel por el inesperado regreso del gran marqués, la inglesa se apresuró a colocar en su marco, sin ser de nadie vista, el retrato que en las habitaciones de la reina madre había servido de modelo á Gaulfarault para hacerse una fisonomía nueva. Desembarazada del voluminoso objeto, como también del temor de que á causa del mismo la sorprendieran en falta, la intrigante joven dedicóse exclusivamente á preparar una ocasión de hallarse sola con la joven Solange para trabajar el ánimo de ésta é inclinarlo en favor del duque

de Nemours, simple instrumento político entre las manos de Catalina.

Ya hemos visto que la inglesa supo maniobrar, consiguiendo aislarse con Solange. Para ella tratábase de aprovechar el tiempo, sondeando el ánimo de la joven para llevarlo, á ser posible, hacia la esperanza de un brillante matrimonio de corte. Deseando pues entrar en materia se apresuró á contestar á la observación de su ilustre acompañanta.

— Como nada hay que temer en este arrabal tranquilo, el señor escudero debe haberse adelantado...

— Lo cual es un modo muy singular de comprender sus deberes; — dijo Solange. — Apretemos el paso.

No tuvo más remedio la inglesa que callar y obedecer. Al mismo tiempo pensó que aún no era llegado el momento de los consejos pérfidos.

En aquel momento atravesaban el porta-linterna y las dos mujeres la parte del Prado de los Clérigos en que fueron plantados más tarde los jardines de la reina Margarita. Para pasar por allí, procediendo como procedían de la Abadía, habíales sido preciso dar vuelta al parque del Hotel, y duplicar la longitud del camino que debían recorrer; suplemento de marcha del que sólo miss Huming conocía las razones, y del que Solange no podía darse cuenta.

Habiendo reanudado sus un momento interrumpidas reflexiones, la señorita de Villanueva vivía con el pensamiento la extraña escena de la entrevista que hubo de reunir poco antes á su padre y á su madre, después de diez años de separación.

Á punto había estado de terminarse mal el tal encuentro. Incapaz de comprender lo que había en el fondo de las reticencias de la marquesa María, la pobre niña decía que en aquella circunstancia el noble cautivo había dado pruebas de gran fuerza de voluntad para reconquistar el corazón de la pobre mujer, alojada por alguna incompresible pesadilla.

Habiéndolo en fin conseguido, ¿no parecía natural que la escena se terminase con una fiesta íntima en familia?

Pues no: nada de eso. Calmada su emoción, la marquesa, influida sin duda por la obsesión renaciente, habíase descubierto un fuerte dolor de cabeza, y lejos de retenerla, como satisfecho de salir tan bien librado, el gran marqués había rozado distraído con sus labios las blancas manos de su esposa, declarando al mismo tiempo que, sintiéndose con apetito, disponíase á hacer los debidos honores á la pierna de carnero que encargara á la vieja Francisca.

Y en tan singulares condiciones habíanse separado ambos cónyuges, como si cada uno de ellos tuviese prisa de marcharse por su lado, de aislarse en absoluto.

Al llegar á la plazoleta que formaba una especie de tapón entre la fachada posterior de la casa de las niñas y la entrada del Hotel señorial, Salonge inició un tímido movimiento de retroceso hacia miss Huming. Acababa de ver cómo una carroza se detenía ante la puerta principal.

Acogiola la inglesa maternalmente en sus brazos, y murmuró en su oído:

— ¡Qué niñería! Pero si no hay nada que temer...

— ¡Apéate, bribón, y anda á levantar el llamador! — gritaba alguien en el interior del coche.

— Esa voz... — dijo Solange estremeciéndose.

— Es la del más bravo y noble gentilhomme de Francia, señorita; — afirmó miss Huming, quien no podía equivocarse. — Un villano no se anunciara de ese modo. Vamos, avanzad; aprovechemos el momento, pues que Peiragude abre la puerta.

Llamado por el aldabonazo, el viejo Colomban acababa en efecto de abrir, y preguntaba con tono brusco:

— ¿Son horas estas de visitar á los cristianos?

— ¡La paz, viejo imbecil! — lanzó de nuevo el órgano sonoro, — y anda á anunciar á tu amo que Rolando de Saboya Nemours, su futuro yerno, desea hablarle.

¡Su futuro yerno! Solange había oído estas palabras, y sintió sus piernas flaquear. Luego llevó ambas manos á su corazón, murmurando:

— ¡Él! ¡Él! ¡Dios mío! ¿Estaré soñando?

El gentilhomme acababa de apearse y mostrábase entonces en plena luz entre el porta-linterna y la antorcha que en la mano tenía Peiragude.

Miss Huming arrastraba á Solange hacia el portal. Al pasar cerca de Rolando deslizó en su oído estas palabras:

— ¡La Villanueva!... mostraos galante.

No estaba el hombre para galanterías, pues llegaba rebosante de cólera. ¿Por qué? Sencillamente porque una hora antes, substrayéndose al influjo del narcótico

que le hiciera respirar Salem Kebir, habíase despertado en su carroza, abandonada sin caballos entre las colinas de San Roque. Al darse cuenta de lo que le ocurría hubo de deshacerse en denuestos contra Ayela de Givors, única persona que allí se encontraba para recibir sus invectivas.

— ¡Me han burlado lo mismo que á un chiquillo! — gritaba rechinando los dientes.

— A los dos, amigo mío, á los dos; — se apresuró á contestar la taimada joven.

— ¿Pero quien? ¿Quién ha sido?

— Salem Kebir.

— Caro ha de pagarme ese hereje el ultraje que me ha hecho.

— No lo creo; el castigo llegaría ya tarde. Él mismo se ha castigado.

— ¿Es posible? — exclamó incrédulo Rolando. — ¿Me explicaréis cómo ha podido suceder eso?

— Muy sencillamente. El hombre se ha dejado asar en su guarida.

— ¿De veras?

— Como lo ois. La verdad es que no se le ofrecían muchos medios de acabar con su existencia. Su casa estaba sitiada por numerosas tropas á pie, y á la cabeza de ellas hallábanse todos vuestros amigos; los que de ordinario rodean la persona del rey.

— Todo eso no me explica porqué me ha dejado salir; — dijo Rolando cuya incredulidad continuaba manifestándose.

— Gracias á mí; — exclamó la joven. — Le rogué

tanto, que acabó por ceder á mis instancias, suponiendo que una vez libre acabaríais por encontraros de nuevo, más tarde ó más temprano, frente á frente de Bernardo de Arma.

— ¡Cómo! ¿El entuertador está libre?

— En este mismo coche, — dijo Ayela sonriendo, — salió de la calle de las Viejas Estufas, y pasó triunfalmente por entre todos vuestros amigos, que lo aclamaron, confundiéndolo con vos, mi señor y dueño.

— Es increíble, sencillamente increíble; — decía Rolando, quien preguntó enseguida bruscamente: Pero ¿y vos? ¿dónde estabais en ese momento?

— Sentada junto á él; — dijo la joven con encantadora naturalidad.

— ¡Ah, pérfida! ¿Y no se te ocurrió gritar para impedir monstruosidad semejante?

— No; al primer grito mío, él os habría apuñalado sin compasión.

— Es cierto; — hubo de confesar el de Nemours calmándose un tanto:

Luego había procurado indagar el medio de trasladarse al arrabal San German, donde quería ir para presentarse al padre de la prometida que le fuera impuesta por Catalina.

Nada tan sencillo: bastaba con alquilar dos caballos y un automedonte por aquellos alrededores.

Y mientras que Ayela dirigíase al mercado de cerdos en donde debía encontrar un cochero y animales de tiro, Rolando tomaba del cofre de la carroza los vesti-

dos necesarios para reemplazar los de que le despojara el fresco de Sed de Amor.

Fué así como después de dejar á Ayela en su casa, llegó, aún temblando de cólera reconcentrada, al Hotel de Villanueva, á la puerta del cual le encontramos.

Al oír las palabras que miss Huming deslizara en su oído, levantó la vista para examinar á la compañera de la inglesa, y aun se dispuso á saludarla con gracia. Pero Solange, confusa y temblorosa, perdida en absoluto la sangre fría, sin atreverse á contestar al saludo, huyó hacia la escalinata.

— ¡Demonio! — pensó el hermoso duque; — linda es de verdad la moza, aunque en exceso asustadiza. ¡Bah! Eso es buena señal. ¡Vamos! — ordenó dirigiéndose á Colomán Peiragude que permanecía inmóvil delante de él, — alúmbrame, buen hombre, y marcha delante. El gran marqués te agradecerá el placer que vas á procurarle llevándome á su presencia.

Solange entretanto había subido corriendo hasta su cuarto. Una vez en él dejóse caer de rodillas ante el enorme Cristo, y elevando hacia él sus manos suplicantes, le imploró con fervor.

— ¡Ah, si pudierais lo que os suplico, señor! Si pudieseis hacer que cambien las ideas de mi madre y darme á él... Porque es indudable, pues así lo siento en el fondo de mi alma, que he de amarle más que á mi caballero, más que á todo en el mundo.

Solange se levantó, radiante de alegría; en el decurso de su plegaria acababa de tener una inspiración.

— Mi padre ha sufrido mucho, mucho, — se decía;

— no es posible que no se halle dispuesto á comprender y aun á compartir, los sufrimientos de su hija. Me arrojaré á sus pies, le mostraré mi corazón y comprenderá. Sí, comprenderá, y me ayudará imponiendo silencio á los incomprensibles escrúpulos de mi madre... ¡Ah! Y pensar que es él, él, el que la gran Catalina me reserva como esposo...

En este momento se abrió la puerta de comunicación, apareciendo miss Huming en el umbral.

— ¡Oh, perdonad, señorita! — dijo simulando admirablemente la contrariedad. — Os creía acostada; me pareció que oía un gemido, y vine á ver... Pero puesto que estáis rezando, me retiro.

Un ademán de Solange la detuvo.

Sin duda la avispada inglesa esperaba ese ademán pues su retirada operábase muy lentamente.

— Decidme, miss, — preguntó la señorita de Villanueva, esforzándose en aparentar indiferencia, — ¿conocéis á ese gentilhombre que acaba de hacerse anunciar á mi padre?

— Ciertamente, señorita; ¿quién no conoce al más bello y al más poderoso favorito de ambas cortes?

— ¿Qué es lo que ha dicho al viejo Colomán?

— ¡Pero si lo habéis oído tan bien como yo, señorita! Le ha dicho: anda á anunciar á tu amo la visita del duque Rolando de Saboya-Nemours, su futuro yerno...

Estremeciéndose Solange con violencia, y uniendo las manos murmuró:

— Su futuro yerno... ¡Dios mío!

— ¿Os ha parecido acaso desagradable ó mal formado?

— ¡Miss!

— Perdonad, señorita... Creo adivinar cuáles son los sentimientos que os esforzáis por ocultar, sin conseguirlo por completo... Vuestro corazón habíase desviado hacia un hombre indigno de él... Ahora comprende su error y vuelve al buen camino... No hay duda de que seréis la más feliz y la más amada de las duquesas.

Satisfecho del desenlace, para él inesperado, de su primera y difícil entrevista con su mujer y su hija, el gran marqués regresó á sus habitaciones apenas pasado el duro trance, y dió orden á Gualberto Peiragude de servirle la cena por él encargada.

Cierto que aún no estaba muy distante la hora en que saboreará su última comida; pero era tanto lo que el bueno del hombre había trabajado, moral y mentalmente, para hacer admitir su identidad precisamente por las dos personas que no debían exigir pruebas de ella, que le parecía que aún estaba en ayunas.

— ¡Bah! — pensó, dejándose caer entre los brazos del sillón desfondado; — veo que hay reputaciones usurpadas. Esas damas de la nobleza son imbéciles, y sin embargo, afectan cierto airecillo de superioridad que no me resulta ni me conviene. La chiquilla, la tal Solange es bonita, eso sí. ¡Lástima grande que tan buen bocado sea mi hija! Aunque lo es tan poco, en realidad, que no puede serlo menos. En fin, ello es que por virtud de las circunstancias, soy yo el presunto

autor de sus días; de otro modo, donde esa niña hubiera hecho sus primeras armas en amor es entre mis brazos y no entre los de ese individuo de quien voy á tener el honor de ser el suegro... Pero que el diablo cargue conmigo, — dijo interrumpiéndose de pronto y dilatando sus narices — si esa vieja desdentada no guisa como los propios ángeles; hasta aquí llega el olorcillo de su asado de cabrito, que debe estar excelente á juzgar por lo bien que huele.

En aquel momento se abrió la puerta, apareciendo en su umbral Gualberto, tras el que su madre Francisca procuraba ocultarse. El primero iba cargado de botellas polvorientas; la segunda no llevaba nada entre las manos, ocupadas en atormentar un ángulo del delantal, mirándolo al mismo tiempo fijamente.

Al ver vacías aquellas manos de su cocinera, la cólera del gran marqués, pronta á estallar, comenzó á manifestarse, enrojando sus mejillas.

— ¿Qué es eso? — gritó levantándose. — ¿Es así cómo se me obedece? ¿Debo creer que durante mi largo cautiverio se han acostumbrado mis servidores á hacer su santa voluntad? ¿Es que queréis matarme?

— ¡Monseñor!

— Nada de excusas, buena mujer; y decidme al punto dónde habéis dejado el plato fuerte de mi cena. Si he de juzgar por el apetitoso olorcillo que antes que vosotros llegó hasta aquí, no debe andar muy lejos.

La madre y el hijo, oyendo estas razones, retrocedieron instintivamente.

— ¡El asado de monseñor!

— Mi asado, sí, estúpida bruja. Supongo que no pretendes hacerme creer que ha desaparecido, cuando su olor flota aquí, en el ambiente, poniéndome los dientes largos.

Madre é hijo aspiraron con fuerza el aire, y no sin sorpresa hubieron de convenir en que el marqués no se equivocaba; la atmósfera parecía saturada de un aroma de buena cocina; olía allí á asado de cabrito; del cabrito sin duda robado por el goloso y fantástico perro que se colara con su presa por una de las atarjeas del jardín.

La buena Francisca no tuvo más remedio que confesar la verdad, y entre lágrimas y sollozos narró á su amo la singular escena del asador desvalijado; la persecución del perro ladrón á través las avenidas del jardín; su caída, y por último la extraña desaparición del animal, al referir la cual hubo de santiguarse como deseosa de conjurar el maleficio que parecía pesar sobre la casa, terminando su hipado discurso con esta profesión de fe:

— Tengo, señor, por cosa cierta y averiguada que no es un perro natural, quiero decir un perro como otro cualquiera, el que ha hecho esa diablura. Los perros no son tan inteligentes como ese condenado animal, que para mí, noble señor, es una abominable encarnación del malo... Aún me parece que siento cerca de mí su pelo quemado y su aliento horrible... ¡El dulce Jesús nos proteja! El diablo sin duda se nos ha metido en casa.

Era de esperar una explosión tremenda de la cólera

del hambriento marqués; pero no fué así. Con relativa calma contestó á las medrosas palabras de la Peiragude.

— ¡Pero, váleme mi suerte perra, Satán no es carnívoro, buena mujer!... Y luego este olor, este olor... Yo estoy seguro de que el asado está en alguna parte, y no muy lejos de aquí.

Esto diciendo, y como para puntuar su frase, golpeaba la pared, lo cual fué causa de que vibrasen las panoplias colgadas en ella.

— ¡Escuchad! — gimió Francisca.

Los tres se estremecieron, y con involuntario movimiento acercáronse unos á otros.

Como contestando á la vibración metálica de las armas colocadas en las panoplias, acababa de dejarse oír un aullido lúgubre, quejumbroso, sordo, que parecía llegar de muy lejos, y que se extinguió sin que fuese posible adivinar su procedencia.

¿Era un gemido humano, ó el ladrido de un perro al que se atraganta un hueso? Ambas hipótesis eran admisibles, pero prevaleció la segunda como la más satisfactoria puesto que tras el aullido, oyóse el ruido lejano de un hueso al ser triturado por mandíbulas poderosas.

— Dime, buena mujer, — preguntó el marqués, esforzándose por dar á su voz un tono de tranquilidad; — ¿hay algún pasillo secreto entre los muros de este antiguo Hotel?

— ¡Jesús bendito! — dijo Francisca santiguándose de nuevo; — ¿cómo puede pensar monseñor... Si hu-

biera tal pasillo, monseñor sería el único en conocerlo.

— ¡El único! — repitió en voz baja el marqués. — ¿Se habrá burlado de mí ese granuja de Gaspar Mouvette?

Decidido á saber á qué atenerse tiró de la espada y sirviéndose de ella como de un bastón, sondeó á cintarazos, á derecha é izquierda, las paredes, sin que se produjera sonido alguno de hueco. Y como sin embargo, se dejó oír de nuevo el aullido lúgubre, los tres personajes de aquella extraña escena sintieron un calofrío singular á lo largo de la espalda, aumentando este malestar cuando oyeron distintamente, pronunciada por una voz cavernosa, la siguiente frase :

— Silencio, Diógenes.

Aquello era ya demasiado. El miedo que embargaba á la vieja Francisca y á su hijo, iba ya insinuándose en el ánimo del valeroso marqués, quien sin tratar de disimularlo disponíase á huir de aquella habitación cuando llegó el viejo Colomán anunciando que Rolando de Saboya-Nemours solicitaba el honor de una entrevista.

La visita del rey de los refinados, que esperaba sin duda, fué acogida con un suspiro de satisfacción por el señor de Villanueva, quien recobrando ya todo su aplomo, encargó dos cubiertos para una nueva cena improvisada y dió orden de introducir cerca de él al joven duque.

## VIII

## EN EL QUE EL GRAN MARQUÉS TIENE MIEDO

Una hora haría, poco más ó menos, que el duque y el marqués se hallaban en animada y secreta conferencia.

En la amplia habitación en que, vaso en mano, habían hecho conocimiento, respirábase una atmósfera viciada; el mantel de bordado escudo aparecía manchado como el de una taberna, y el suelo cubierto de cascotes de botellas, rotos unos, enteros otros y vacíos todos. Sin embargo, entre ambos comensales parecía reinar la más perfecta armonía.

— Veo, señor y amable suegro, — dijo Rolando haciendo atrás su silla, — que seremos buenos amigos. Nuestros gustos son idénticos : nada de escrúpulos, vino fresco y mujeres idem...

— Sí... algo se ha secado en mi ausencia la marquesa. Por eso puedo aseguraros que, como mujer, preferiría en este momento la que os destino.